

LOS SOCIALISTAS Y EL FIN DE SIGLO
Contribución a la Comisión de Proyecto
del Partido Socialista de Chile

JUAN GABRIEL VALDES

I

El desarrollo de un debate en el Partido Socialista sobre cuestiones ideológicas constituye a mi juicio una señal muy positiva de los grados de unidad interna y de respeto mutuo que hemos alcanzado en el último tiempo. Para un partido como el nuestro es muy importante poder abstraerse de los temas cotidianos y reflexionar libremente sobre el desarrollo de las ideas en el mundo y los valores que nos definen como socialistas. No se trata simplemente de un afán intelectual, ni tampoco de "otra interrogación más del alma desconcertada del socialismo", -aunque algo debe haber también de aquello. Tampoco de otra reflexión más acerca de "cuanto hemos cambiado", porque eso ya lo sabemos y su reiteración actual más parece un ejercicio para tranquilizar a quienes siempre pensarán que no hemos cambiado lo suficiente. Se trata, en mi opinión, de entender los desafíos que el mundo actual plantea a quienes se proponen mantener en alto los valores de la libertad, la igualdad y la solidaridad. Y esa reflexión tiene una importancia política directa en un país como el nuestro, abierto a la influencia y al intercambio internacional. Nuestras ideas reflejarán cada vez más los debates universales y nuestros problemas serán cada día más los grandes problemas que agitan los centros de producción de bienes y de ideas. Pienso por eso, que nuestros encuentros y la ampliación de este debate a la militancia en general, tienen una importancia prospectiva, un valor de futuro y no el carácter de un ajuste con el pasado.

Es evidente sin embargo, que el debate teórico no nos resulta fácil. Nos es bastante más difícil, por ejemplo, que durante los años sesenta. Lo que es una paradoja porque -tal como ha escrito recientemente un filósofo español- si algo diferencia el periodo actual de aquella época es que durante los 60 había

inflación de cosas con sentido y alternativas mientras no pasaba nada, y hoy pasa de todo, pero no hay alternativas y tenemos déficit de sentidos. Las teorías no nos sirven.

Además, en nuestro caso particular, se da una simultaneidad en el tiempo entre lo que alguien con humor ha descrito como "el desplome universal de la biblioteca" y el éxito democrático y gubernamental de los socialistas chilenos. Esto ha generado entre nosotros un comprensible y justificado afán de eludir los temas teóricos y las visiones ideológicas globales, para concentrarse en las cuestiones de la administración del estado y de la democracia. Y esto se relaciona con algunas actitudes que vale la pena reconocer: mientras por una parte enfrentamos la política inmediata con tranquilidad y espíritu constructivo, llegando a veces a empaparnos de la ideología del éxito que parece caracterizar hoy día el sentido común nacional, por la otra miramos con desconcierto y no sin cierta desconfianza el panorama más global, y también el futuro, concientes de nuestra falta de categorías para analizarlo. Junto a la sensación de que a pesar de los problemas "vamos bien", arrastramos con nosotros una cierta incomodidad ante lo que podríamos llamar, para simplificar, "el discurso publicitario de la modernidad", así como un abierto desconcierto ante crisis económicas y dilemas sociales que nos llegan como noticias del mundo exterior, y que son amenazadores también para nosotros, porque sabemos que tarde o temprano podríamos tener que enfrentarlos también aquí.

Si este debate ha de ser útil, deberá ser por lo tanto, descarnado, deberá dirigirse a los verdaderos problemas recogiendo las diversas perspectivas y enfoques que conforman una organización plural como la nuestra. Cada uno con nuestro enfoque podremos hacer que este trabajo colectivo no sea sólo de utilidad para el partido, sino que sirva para mejorar cualitativamente nuestro aporte ciudadano.

II

Yo quisiera iniciar esta reflexión, señalando algunos problemas profundos que, me parece, tiene la política de este fin de siglo. Se trata de

problemas que cuestionan muy severamente lo que pensamos acerca de la política y la sociedad y nos plantean un desafío de una magnitud inédita desde el inicio de las ideas socialistas. Aunque vinculados entre sí, conforman un conjunto de realidades e ideas que se retroalimentan y parecen configurar la única ideología realmente internacional existente hoy día. Me interesa mostrar como ella enfrenta radicalmente el núcleo más esencial de nuestra visión de la sociedad y la política y como por distintas razones, nuestras actitudes y comportamientos no están aún adecuados a la magnitud del desafío.

El primer problema es el descrédito de la política y de la actividad política. Todos lo hemos notado: el ataque a la política y a los políticos está por doquier. Hay, quizás como nunca antes, en Europa y en los Estados Unidos, pero también entre nosotros, una difusión de ideas, de imágenes, de relatos que rebajan la política a un nivel de excreción social. Que la relacionan con la ineficiencia, la corrupción, la concupiscencia del poder, el entorpecimiento del libre flujo de la iniciativa individual y el arcaísmo. O la reducen a un espectáculo competitivo, brutal y desprovisto de ideas contrapuestas, en el que participan profesionales de sí mismos en búsqueda de un bien escaso que es el poder. O la retratan como la acción del dinero privado en un sistema de poder que ya no es "público" más que en un sentido publicitario, imaginario, espectacular. Es decir, desde distintas ópticas y diferentes puntos de vista, la política es cuando menos criticada duramente y a menudo despreciada como un estorbo del que bien se podría prescindir.

No creo que se trate esta vez de un hecho episódico, de algo que podamos descartar livianamente como una nueva manifestación de un fenómeno histórico recurrente. Ni es tampoco solamente una manifestación crítica a la corrupción de clases políticas oligarquizadas, por más que la corrupción y la degradación de algunos sistemas políticos la alimente. Por cierto que no me interesa disculpar a esos sistemas, ni menos aún construir una teoría conspirativa del descrédito en el que han caído. Se igualmente que la corrupción tiene una dimensión propia, que debe ser combatida en sí misma y es antigua como la humanidad. Pero me parece que la corrupción que hoy presenciemos en algunos países, es coetánea con, y de alguna manera se ve alimentada por un fenómeno que tiene una naturaleza diferente, y que es

esencialmente ideológico. Pienso en definitiva, que la verdadera miseria de la política que hoy vivimos es la consecuencia de una de las ideologías de la modernidad que se basa en la descomposición y degradación sistemática de "lo público". En primer lugar, en ideas que exaltan valores ambivalentes como el individualismo, o positivos, como la competitividad y la internacionalización, pero desdeñan absolutamente el desquiciamiento de la comunidad y de la cohesión social a los que esos valores pueden conducir. Y que agregan, como un factor central de su discurso, un economicismo que alimenta una visión cínica de la clase política, al sostener que las instituciones socio-políticas deben ser el objeto de un análisis y una perspectiva económica y retratar a los políticos como "empresarios del poder" compitiendo en un "mercado político". Que los ve en definitiva, como cualquier otro tipo de empresarios, persiguiendo su interés individual, derivandose en consecuencia que lo que es óptimo para los políticos difícilmente es óptimo para el interés público.

Naturalmente, con esta perspectiva, la idea del valor del servicio público desaparece; la noción misma de lo que es público y tiene una esfera normativa diferente de regulación, se evapora. El político o funcionario que se comporte efectivamente como un servidor público está destinado a perder o a ser ineficiente. El ganador será aquel que aplique las normas de la sociedad económica, que se perciba en una función competitiva, que ingrese al mundo del espectáculo político, siempre con una visión empresarial de su papel individual.

Alguien podrá pensar que exagero. Que las cosas no se plantean de este modo tan extremo. ¿Quién no percibe sin embargo como la idea de ineficacia y de (eventual) corrupción parecen haberse adscrito de manera exclusiva al Estado? En realidad se olvida diariamente que los rincones más negros de la actividad estatal encuentran con frecuencia equivalentes aún más oscuros en la actividad privada. Pero, ¿quién quiere exhibir con orgullo su carácter de "funcionario público"? ¿Quién ignora que la definición remite a un mal pagado y desprestigiado personaje sobre el cual pesa la presunción de mediocridad? ¿Quién se afirma profesionalmente en la modestia y el rigor del servicio al Estado y a la comunidad que caracterizó a nuestro país? "Confíarle al Estado la

función de..." es una frase que despierta de inmediato en el sentido común de la "publi-modernidad", una reacción de rechazo y condena..

Existe, en definitiva, una oferta publicitaria machacona de una sociedad civil que clama incesante por una desregulación tras otra, aherrojada por una bestia estatal. Y quienes la hacen, a veces desde posiciones de importancia en el mundo intelectual y político de la derecha, olvidan que para mentes menos sutiles que las suyas, su llamado termina siendo una descripción maniquea de una lucha en la que "el bien", la sociedad, debe destruir al "mal", el Estado. Así llevan a muchos a olvidar que el Estado es la condición para una convivencia civilizada.

Una supuesto importante de este discurso es el de la privatización de la política. La política no debe ser ya la regulación desde el Estado de los conflictos de intereses que hacen la vida de una comunidad y definen su misma existencia como tal. Esa política es "un factor de complicación", que perturba el funcionamiento del mercado. La solución es "ocuparla" paulatinamente por la normativa y la lógica que rigen a la empresa. El Estado debe funcionar con criterios de productividad similares a los de una sociedad anónima comercial. Debe suprimir los engorrosos controles burocráticos del gasto, en aras de la eficacia gerencial -algo que sin constituir probablemente una factor de causa a efecto con el incremento de corrupción estatal, sin duda que la facilita. De este modo, al Estado no sólo se le desprestigia y se le acusa de ser el origen de todos los males sociales, sino que además se le somete a una lógica en la cual no puede funcionar. Porque se olvida que la racionalidad propia del Estado no es la de la sociedad económica, no es la de la productividad.

¿Y qué sucede desde el punto de vista de los políticos? En este contexto los políticos conocen la impotencia del poder. Lo que constituye un elemento evidente de desgaste y puede que también de descomposición. Es verdad que la obligación del político es saber los límites, optimizar los recursos y narrar bien lo que hace, pero eso no basta. Debe tener además un proyecto y representar algún tipo de "moral de convicción". Pero si la política de contenidos sustantivos, la regulación de conflictos y la capacidad de gobernar se ven cada vez más limitadas y reducidas, entonces, "la política" como actividad

"profesional" debe ser llenada de otras cosas. Surge así la cultura política del espectáculo, la encuesta de opinión y la publicidad. Dependientes de un financiamiento privado que en la mayoría de los casos genera lazos de dependencia muy negativos para la sanidad del sistema, los políticos enfrentan una tarea que es a la vez cada vez más cara y desprovista de sentido sustantivo. Aparece entonces, como un producto natural de este desarrollo, el empresario político, el empresario de sí mismo, el empresario del poder, el Berlusconi. Aquel que es capaz de "autofinanciarse" y de pagar por el espectáculo que le ofrece a la sociedad.

Todo esto me lleva a un segundo problema que me parece aún más grave: la de la deterioro del ciudadano, la de la degradación de la noción de ciudadano y en consecuencia de la soberanía popular. Hay que ser miope para no ver que en una sociedad crecientemente internacionalizada e invadida de una ideología como la que acabo de describir, el principio básico de la democracia representativa se encuentra en una situación de gran dificultad. Dicho de manera sintética, la cuestión se reduce a dos puntos: el de la distancia entre las decisiones del gobierno y el ciudadano y el de la distancia entre el gobierno y las estructuras de poder económicas y comunicacionales que afectan la vida de los ciudadanos. De lo primero ya hemos dicho suficiente: la miseria de la política elimina diariamente ciudadanos. Al camino humanista de hacer de los individuos ciudadanos, se impone una regresión que hace de cada ciudadano un individuo aislado, un "pasotista" que mientras consume, o intenta hacerlo, aumenta el número de la abstención electoral. Se devuelve así al individuo a un mercado, que en algunas descripciones suena bastante parecido al peligroso "estado de naturaleza" que describía Hobbes.

Si el "relato" de esta mezcla de publicidad-modernidad es que las decisiones socialmente relevantes no están ni deben estar en el juego político y el mercado - que es lo que verdaderamente importa- no demanda democracia, sino la adrenalina de la competencia individual ¿por qué debo participar en una carrera entre gentes que consiguen prestigio e influencia a partir de repetir lo que leen en las encuestas de opinión? Más aún: si la cultura "moderna" es la del individualismo y la del culto al hedonismo, ¿que sentido tiene que dedique energías a una participación altruista en una comunidad? Y

si lo hiciera, ¿porqué habría de practicar este altruismo en el juego político? Más lógico parece hacerlo en las teletonos, en los espectáculos de caridad pública, junto a actrices y futbolistas. Son esas consideraciones (si es que todavía hay consideraciones de por medio) las que se plantean minorías importantes, grupos que se cuentan en millones en los Estados Unidos y Europa.

La segunda cuestión es aún más complicada. Está claro que las reglas de la democracia -aquello de que los votantes toman decisiones sobre la manera como deben ser las cosas- se aplica dentro de límites nacionales. No puede en realidad operar fuera de ellos. Pero en un mercado global, como en el que vivimos, las compañías huyen de decisiones de votantes cuyas decisiones no les resultan convenientes, y transitan a través de fronteras nacionales en búsqueda de menores salarios, o regulaciones de medio ambiente menos estrictas, o arreglos financieros menos rigurosos. En el marco de esta lógica, que naturalmente debe ser vista en expansión, ¿como se puede lograr que los ciudadanos "decidan" sobre temas tan centrales para la vida de cada cual como pueden ser la generación de políticas orientadas a un cambio en la distribución del ingreso que favorezca a los más pobres, o a una mayor protección del medio ambiente, si es que ellos ya no dependen del ámbito nacional? Y si el marco de la decisión democrática, incluye contextos de decisión cada vez menos relevantes ¿como conseguir que los desencantados vuelvan a participar en el proceso político?

Todo esto lleva a algunos a pensar, que además de los acuerdos económicos internacionales, se impone una reflexión sobre como llevar el mundo económico a ser responsable de alguna manera a la opinión democrática de la gente en países individuales. Pero esa opinión está en franca minoría frente a otra que me parece debe ser destacada como el tercer "signo de los tiempos" de este fin de siglo y que aunque expuesto en retazos, ha aparecido ya en la descripción que he hecho anteriormente. Me refiero a la evolución peligrosa de una rama del pensamiento liberal que observa los dos problemas políticos que he planteado anteriormente no como problemas, sino como manifestaciones bienvenidas e "inevitables" de "la modernidad". Aquí, más que de "neo-

liberalismo", que me parece muy relacionado a un enfoque monetarista, me parece que se puede hablar de una ideología "post-liberal (pidiendo disculpas por llevar el juego de los post y los neo a su máxima expresión). Se trata de una idea del funcionamiento de la sociedad mundial y de la libertad del individuo en ella, que, originalmente liberal, ha dejado de serlo porque ha perdido su entronque con el principio de la soberanía popular. Se basa en la creencia en el manejo tecnocrático del poder político y la subordinación de los procesos sociales al mercado, a un mercado abstracto y todopoderoso -que en verdad absorbe toda la actividad social, o al menos (según este principio) debe hacerlo. Esa es la condición para que el individuo sea "libre".

Yo creo que esta visión "post-liberal- constituye probablemente el mayor desafío que se ha planteado en la historia al pensamiento social y democrático. Este es en verdad por hoy, el único "internacionalismo realmente existente". Y constituye a la vez, una respuesta a los problemas anteriores y una causa bastante directa de los mismos. Se distribuye además como una idea publicitaria, como un sentido común universal, como sabiduría ancestral. No se vende en realidad como una ideología; es a la ideología lo que la música ambiental es a la música. Podríamos en verdad definirla como "una inteligencia ambiental". A pesar que su práctica económica ha escindido sociedades, fracasando por doquier, tiene un "relato" optimista, que condiciona sin embargo a la superación de las rémoras que plantean "la política" y los Estados. Y tiene también consecuencias ideológicas y políticas al generar contradictores populistas que más que reafirmar la democracia, la hacen peligrar aún más. Es esta ideología uno de los factores que explican que en varios de los países de la Europa de hoy, igual que en los períodos entre guerras, la distancia entre gobernantes y gobernados crezca de manera peligrosa. Y que mientras desde los gobiernos se considere la democracia como una calidad eterna, desde la gente, desde mucha gente, se alimente el escepticismo y la irracionalidad. Este post-liberalismo crea el fenómeno de la marginalidad irreductible, que convive con tecnologías de "tercera ola". Y permite que cunda el eclipse del humanismo y la promoción deliberada de la idiotez, entendida en su sentido clásico griego, de indiferencia ante los asuntos públicos. No tiene con el racismo o con el fundamentalismo religioso o

ideológico una relación de causa y efecto, pero carece de medios para impedirlos y se relaciona con ^{el} al proporcionarles masas de desempleados que observan por debajo suyo a sectores de marginados irreductibles y por encima un espectáculo del que nada o muy poco pueden esperar.

III

No puedo evitar una objeción que siento flotando en el aire. Alguien dirá que exagero y que estas afirmaciones reflejan un alarmismo excesivo. Aparentemente en pocos momentos en este siglo -o en siglos anteriores- los valores democráticos han aparecido más dominantes, los derechos humanos más atendidos por los organismos internacionales, por los gobiernos y la prensa. Es difícil, en verdad, hallar otra época como la actual. Desmoronados los despotismos y totalitarismos, parece que nunca como ahora se había hablado tanto de las libertades individuales; jamás se había hecho más universal la aceptación de la democracia. Y no hace mucho, estas transformaciones parecían justificar una sensación de euforia colectiva incluso en quienes no participaban del cretinismo del "fin de la historia". Habían entonces (y todavía las hay) buenas razones para abonar la ideología del éxito, la celebración constante de la internacionalización como un bien justificable por sí mismo, las maravillas de la revolución tecnológica y la estabilidad de la democracia. En realidad, la existencia de estos factores positivos no niega la existencia de los problemas anteriores. No necesito informar ante socialistas que se dan contradicciones dentro de un mismo período histórico.

La cuestión sin embargo es si estas dinámicas positivas son capaces de equilibrar la fuerza de la ideología pos-liberal. Y la razón de fondo, la más importante para dudar de ello, es que se ha producido un verdadero derrumbe del pensamiento crítico. No sólo de las utopías racionales, sino también de la crítica social más elemental. Naturalmente este desmoronamiento de la capacidad crítica en Occidente es particularmente grave para los socialistas. Y la verdad es que para muchos, la muerte de la idea de una

"sociedad socialista" alternativa a la "capitalista" parece haberles amputado toda posibilidad de conceptualizar una crítica hacia la forma actual de organización social. Las palabras se han evaporado y junto a ellas, la capacidad y la voluntad de plantear el tema de la libertad, la justicia, la igualdad y la fraternidad, para contrastarlos con la realidad.

Creo que esta actitud de pérdida de la capacidad crítica es especialmente notoria hoy día en nuestro país. Y esto ha sido así por tres razones. Primero, porque el autoritarismo fué removido del poder político, pero nos dejó sembrado el terreno ideológico de su propia visión de la modernidad. Somos sin duda un gran centro de consumo ideológico. Aquí hay periódicos, canales de televisión, centros académicos y escuelas universitarias que funcionan como los "outlet malls" (para utilizar un concepto criollo) del mercado mundial de productos ideológicos semi elaborados. Que los expenden además con un grado de concentración mucho mayor que aquel con que se les consume en los centros originales de producción. Se trata entonces de un concierto monotonal, que no encuentra más que contradictores marginales y que tiene además la capacidad de reaccionar con fiereza ante cualquier desvío en los márgenes permitidos de lo que el "outlet mall" define como "modernidad".

A esto, en segundo lugar, se ha sumado la necesidad de seguir una política de consensos. No quiero entrar en el debate acerca del desarrollo de la transición: no es el tema de hoy, pero me adelanto a decir que creo que encontrar consensos amplios en cuestiones que son centrales para el desarrollo y la organización del Estado, es algo necesario y obligatorio para un gobierno democrático, sobre todo para uno que dirige un país que apenas sale de una prolongada dictadura. Pero un consenso no es una identidad de opiniones. Cuando todos parecen pensar lo mismo sobre el desarrollo, la forma de organización de la sociedad, el rol del estado, etc. (o todos hacen creer al país que piensan lo mismo sobre esas cosas) el consenso no es más que la reiteración de la unanimidad entre grupos que basan su competencia en cuestiones que no son sustantivas. Y si acostumbramos al país a esa actitud, haremos una contribución involuntaria y de mucha gravedad al descrédito de la política.

A estos factores propiamente locales y entremezclada con ellos, se ha sumado, en mi opinión una reacción ingenua ante el tema de la "modernidad". Al considerar este equívoco y ambivalente concepto, se produce a menudo una dualidad radical de opiniones: mientras algunos lo catalogan dentro del rubro "herencia de la dictadura" y reclaman contra el individualismo y el neo-liberalismo, como si modificarlos fuera una cuestión simplemente de voluntad política, otros la acogen pasmados y anonadados ante su maravillosa e inescapable realidad. Mientras los primeros confían, a veces secretamente, que una próxima catástrofe social va a demostrar cuan "falso" es el fenómeno, los otros entienden que hay incorporarse a ella "a como de lugar", aceptando a rajatabla que todo lo sucedido recientemente en Chile, tanto lo bueno como lo malo, forma parte de ella y es por lo tanto "irreversible".

Estas dos actitudes polares no son casuales, ni tampoco exclusivas de los socialistas chilenos. Responden a la dificultad de mantener nuestro concepto de "cambio" en el marco de la incommensurable transformación tecnológica que está viviendo la humanidad. En efecto, desde el inicio de la sociedad industrial, el cambio fué para nosotros un movimiento de personas que recreaban la solidaridad rota por la competencia dentro del capitalismo. Y que como consecuencia de su movimiento, lograban imponer principios, normas y leyes, que restablecían un cierto equilibrio y permitían un avance concreto pero siempre relativo, de los valores de la justicia, de la libertad y la solidaridad. El cambio por lo tanto, ha sido siempre para nosotros una cuestión esencialmente política, vinculada por definición a los movimientos políticos y sociales.

Hoy día parece, sin embargo, que el cambio escapa a la voluntad política y en todo caso al control de los ciudadanos. Es verdad que esto es propio del capitalismo desde sus inicios, pero jamás ha adquirido las dimensiones actuales. Porque la transformación tecnológica es mayor en esta tres últimas décadas que en los últimos cien mil años y las maravillas en el terreno de las comunicaciones, de la biología, de la medicina parecen reabrir la idea del progreso infinito. Al mismo tiempo sin embargo, hemos destruido el medio ambiente con mayor ferocidad en los últimos cincuenta años que en toda la historia anterior del hombre, sin que nadie parezca capaz de impedirlo. ✱ ->

nuestras formas de vida, nuestros conflictos y probablemente nuestras ideas sobre las cosas se modifican hoy y se modificarán vertiginosamente en las primeras décadas del próximo siglo. Centenares de millones de personas migrarán de un lado a otro en el mundo y nuestras formas de vida, nuestros conflictos y probablemente nuestras ideas sobre las cosas ya se modifican hoy y se modificarán más vertiginosamente aún en las primeras décadas del próximo siglo.

Es comprensible entonces que en ese contexto, el proceso sin modelo, abierto, ávido de novedad que es la modernidad, parezca no dejarnos mucho espacio para intentar decidir de nuevo acerca de la calidad, la dirección y el destino de la comunidad. Y no es raro entonces que haya alguna gente que adopte una postura religiosa frente a ella, pensando que "el mercado" o "la historia" proceden por sí mismos en la selección de lo que es bueno y malo. Y que algunos concluyan que no tiene sentido que la gente ponga su talento a concebir una sociedad mejor y más justa, porque además de inútil, el esfuerzo incurre en el muy condenable pecado de "constructivismo".

IV

La modernidad no es eso, sin embargo. La modernidad es la madre del análisis racional y la crítica social y el socialismo se reconoce en ella y es parte de ella. Es sobre esta certeza que podemos abrir un debate sobre los temas políticos del fin de siglo asumiendo los desafíos que en este campo tenemos por delante. Lo que debemos impedir es la actitud que lleva a pensar que la magnitud de los mismos nos fuerza a ser meros acompañantes de la modernidad o el inconformismo de otros. Porque es verdad que en términos globales lo que tenemos por delante es nada menos que la refundación de la política, el replanteamiento del ciudadano y la soberanía popular. No se trata sólo de palabras. Pienso que entramos a un tiempo de moralismo radical, en el que tendremos toda suerte de propuestas fundamentalistas, pero también una sana demanda por un tipo de político que responda a la moral de la convicción, además de la moral de la responsabilidad. Ahí está la forma de acción principal de los socialistas, para la que habrá que utilizar toda la enorme disponibilidad

de medios que la revolución tecnológica nos pone por delante. Se trata de enfatizar por lo tanto aquellas condiciones que permitan desarrollar razonablemente una discusión pública. De ahí la importancia que debemos otorgar a la cultura, a la información, a la educación, es decir, al espacio público de deliberación y muy especialmente a la creación de espacios de diálogo y debate con la juventud.

Creo que esta perspectiva nos pone ante las dos almas que hoy día conforman el mundo progresista. Por una parte aquella normativa y popular, que plantea como tema fundamental la renovación de las ideas de la soberanía popular frente al desarrollo de la modernización. Por la otra, la libertario progresista, que insiste en la construcción individual del progreso dentro del orden democrático. Es sobre la base de la confluencia de esas dos visiones que se refundan los principios históricos del socialismo: la libertad, la igualdad, la fraternidad. Pero ello no es posible sin una crítica mucho más dura a la ofensiva post-liberal. El progresismo es una actitud que no acepta la proclamación de toda realidad como un valor. Permítaseme una última reflexión esquemática sobre este tema que abre algunas pistas sobre las que pueden ser acciones políticas concretas.

El fin de los totalitarismos hizo periclitarse, finalmente, la idea que el individuo debe subordinarse al Estado. La primacía en lo político y en lo social es la que cada uno se fija a sí mismo, en ello radica la libertad. Pero el individuo no debe contentarse con el reclamo de sus derechos y la concepción de sus proyectos sin preocuparse de darle vida a la sociedad de la que forma parte. Y es aquí donde aparece el Estado, que como garante del pacto social, debe señalar a las personas y los grupos las obligaciones que resultan de su pertenencia a una comunidad nacional. Todo esto obliga a repensar el tema del Estado, al que ha llegado el momento de relegitimar. Pienso que la memoria del Estado subordinador del individuo, de esa estructura monopolizadora y expropiadora de la iniciativa individual que entre nosotros se hizo torpe, pero en otras partes se transformó en totalitaria, es tan traumática para los socialistas, que hemos optado por escapar la cuestión, por obviarla, desarrollando un culto de la sociedad civil y una veneración de lo local, que puede ser muy laudable e importante, pero que no resuelve la cuestión del Estado. En verdad, tiene razón

quien ha escrito que la doctrina de la primacía de la sociedad civil es una teoría política; una propuesta sobre la forma del Estado, no sobre la feliz existencia de una sociedad sin Estado. Es cuando se incurre en ese error cuando se entra en la perspectiva que hermana una supuesta "renovación" con un neo-liberalismo puro y duro.

Es en este sentido que ha llegado el momento de replantearnos el tema del Estado. De discutir y considerar de frente la crisis del Estado social democrata, proveedor de servicios sociales, que Europa vive hoy y las lecciones que aquello puede tener para nuestro país. De impulsar el rol de animador e impulsor que el Estado, que permite a la sociedad organizarse para aprovechar las ventajas de las que disponga para insertarse en el proceso de internacionalización, pero recalcar el liderazgo social y el protagonismo del Estado en aquellas funciones que hacen a la vida de la comunidad: la generación de ciudadanos, la educación y la cultura- y la mantención de la cohesión social, la justicia y la igualdad de oportunidades.

Si esto vale para nuestra comprensión de la libertad y la justicia e igualdad, conviene decir algo, para terminar, sobre la olvidada tercera nota de la Marsellesa socialista: la fraternidad. La fraternidad -o la solidaridad como la llamamos más frecuentemente hoy- nos remite a la idea de la ciudadanía y la lógica específica de la pertenencia. La fraternidad es la reivindicación de la particularidad cultural de la comunidad ante la lógica universalista del proceso de modernización capitalista. Es en este campo donde se abre a los socialistas una perspectiva tan enorme como adscrita desde los orígenes a la identidad partidaria: el tema de América Latina. La creación de una institucionalidad latinoamericana -o iberoamericana-; la multiplicación de los contactos, las asociaciones y las complicidades; la publicitación de los valores culturales comunes es una tarea política que se relaciona muy directamente con la posibilidad de mantener a Chile como "comunidad" e impedir la prolongación irreversible de la sociedad escindida.

Santiago, Julio de 1994